



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, num. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, S.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Marzo 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas: seis meses, 13 id., un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

NÚM. 33.

SUMARIO.

GRABADO: Las elecciones de Inglaterra.—Campana de Buzos.

TEXTO: Estudios artísticos, por PATROCINIO DE BIEDMA.—La literatura y el sentimiento, por SANTIAGO ARAMBILET.—Dramas íntimos, por PATROCINIO DE BIEDMA.—La túnica de Judas, por J. MORENO CASTELLÓ.—Explicación de los grabados.—Literatura extranjera: La légende de Rocasparviera, por MARIE LETIZIA RATTAZZI.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Problema de ajedrez.—Solución al anterior.—Anuncios.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

EL MONUMENTO DE SEMANA SANTA EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.

Nuestra indiferencia.—La arquitectura en las bellas artes.—Roma libre y conquistadora.—Roma pagana.—Roma cristiana.—La arquitectura árabe.—La catedral de Sevilla.—Diversos géneros arquitectónicos que decoran el templo.—Noticias de su construcción.—El San Antonio de Murillo.—El monumento de Semana Santa.—Aspecto de la iglesia en estos días.—Una promesa.

I.

Si los españoles tuviésemos tanta afición á estudiar y describir los monumentos artísticos de nuestra patria como la tenemos á llevar el homenaje de nuestra admiración á los que adornan el suelo extranjero, seguramente que esa magnífica colección de suntuosas catedrales, soberbios palacios y bellos edificios que recuerdan las pasadas grandezas, y la casi extinguida fé, sería citada en el mundo, entre las más preciadas de sus maravillas, y no estaría velada en la indiferencia olvidadiza de nuestro carácter.

La arquitectura es, á nuestro ver, la más severa, la más difícil de las artes que llamamos bellas.

Ella, á un trabajo más rudo, une la abnegación que ese trabajo exige, pues el nombre del que emplea en él su vida suele olvidarse ó perderse ante la grandeza de la obra.

La poesía halaga con la cadencia dulce de cada estrofa el oído orgulloso del poeta; la armonía tiene en cada nota una caricia para el músico; el pincel en cada tono una esperanza para el pintor, y el cincel, al despojar al mármol de su forma tosca y grosera, enamora al escultor con la belleza que ha soñado su pensamiento de artista, allá en el mundo brillante de la fantasía.

Pero la arquitectura no es el arte de los sentidos, sino el arte de la razón.

La forma grave y seria, á la cual su misma severidad imprime un sello de poder y grandeza, de verdad histórica, pues en ella se conserva la historia de un pueblo, la idea de un siglo, el pensamiento de una raza.

Esto no es un axioma nuevo, sino una verdad vieja, reconocida por todos.

Las ruinas de la arquitectura son páginas medio borradas de la vida del pasado.

Roma tiene escrita su historia en sus monumentos grandiosos y en sus arruinados edificios.

La Roma libre y conquistadora, la patria de los Scipiones y de los Césares, levanta arcos de triunfo para eternizar el recuerdo de sus glorias, y en sus estatuas, en sus trofeos, la memoria sobrevive al hecho.

La Roma pagana y pervertida, el imperio de los Nerones, Tiberios y Calígulas deja en pos de sí termas y circos, es decir, los edificios destinados á la molición y los placeres sensuales con los que se debilitaba la energía del pueblo romano, y aquellos otros en que adormeciendo su dignidad bajo la palpación poderosa de fuertes impresiones, se le embriagaba en auras de sangre, para que se dejase unirse al carro de sus tiranos, oprobio y vergüenza de la raza latina.

La Roma cristiana hace ya del arte el altar de la divinidad, el más bello, el más puro, el más digno que puede ofrecerle el hombre, si es que hay aquí abajo algo que merezca llamarse digno de Dios; y en San Pedro, en ese templo sublime que es la admiración del mundo, deja á las generaciones venideras una prueba del poder de la voluntad humana cuando se apoya en la fé divina, y una magnífica protesta contra el egoísmo y el interés personal que domina en nuestra época, pues en la iglesia de Roma, corona del mundo cristiano, se agotaron por espacio de ciento cincuenta años, no sólo la vida de su creador Miguel Angel, sino los tesoros, la abnegación, la paciencia de los Sumos Pontífices, que sabían debían morir antes de ver terminada la santa obra.

España conserva del mismo modo, la huella visible de las razas que se han disputado el dominio de su suelo en los restos que aún la adornan, magníficos todavía algunos de ellos, como los acueductos romanos y los palacios árabes. Estos constituyen verdaderas joyas artísticas, y ellos, que contrastan en gracia y ligereza con los pesados y macizos torreones, son la imagen de esa raza delicada y bárbara, mezcla de pueriles sueños y de incontrastable fuerza, de suave molición y de dura crueldad.

La arquitectura árabe puede llamarse original y propia, pues si bien participa de la griega y la egipcia, se distingue de ellas y aún de todas las conocidas por su fantástica desigualdad, por su variedad graciosa en arcos, alfajías y patios; por las ligeras y esbeltas columnas en que divide y apoya sus agimices ó ventanas, por las ajaracas ó adornos, en que profusamente entrelazan las cintas, las flores, las le-

tras para formar los caprichosos festones que ornan sus tárbeas ó salones, sus alhamias ó alcobas; por los azulejos, ó alicatados de que tapizan sus pavimentos, y por el pomposo y brillante alfarje ó artesonado de sus techos.

Esta arquitectura caprichosa y rica, retrata perfectamente el carácter de aquellos que la empleaban, y conserva entre nosotros una idea de lo que ellos fueron.

En esos alcázares maravillosos, la fantasía cree ver todavía á sus sibaritas dueños, y aspirar el perfume de que se rodeaban.

Los arcos de encaje que aquí y allí encantan nuestra vista, parece que fueron encargados de velar las voluptuosidades de las sultanas; los calados agimices debían suavizar la ardiente luz del cielo de España, para que no les molestase en sus perezosos sueños; los admirables esmaltes de oro y azul recrearían su vista ocupando su molición, y los juegos de aguas, que al caer sobre el mármol producían un rumor tan dulce como una armonía de suspiros, acariciaban sus indolencias refrescando el aire que tocaba sus frentes.

La arquitectura gótica ó germánica—y por cierto que estos nombres no son completamente propios, pues ni los godos la conocieron, ni los tudescos la inventaron,—esa arquitectura seria y grandiosa cuya idea trajeron á Europa los bravos caballeros que con la cruz en el pecho fueron á libertar el sepulcro de Cristo, se adapta bien al carácter caballeresco y heroico de los españoles de la Edad Media, y así fué por espacio de cuatro siglos considerada como nuestra arquitectura nacional, hasta que la restauración de la greco-romana, que con más arte, más libertad en las proporciones, más ligereza en el conjunto y más belleza en los detalles, conserva y sostiene lo mejor de la gótica, se inició en el cambio progresivo de costumbres para pasar á su vez con la muerte de Felipe II y del arquitecto Herrera.

Los edificios del siglo XIV dicen bien hasta qué grado de perfección llegó en España esa arquitectura tan majestuosamente bella, y que tan bien se adapta á la idea religiosa del templo cristiano, pues conserva siempre en ella la imagen de la naturaleza, ya cimbrando sus bóvedas como el ramaje de un bosque; ya agrupando sus piedras como se agrupan en el desierto las sencillas y esbeltas palmeras; ya calando sus cornisas como una ligera y caprichosa celajería, ó bien imitando en la crestería de sus adornos la cabeza de un ave gigante, siempre presenta la idea del Creador en sus más bellas obras, como para impedir al pensamiento humano que le olvide bajo aquellas bóvedas sagradas.

II.

La catedral de Sevilla pertenece al género de arquitectura gótica, si bien en sus adornos, como obra de muchos años y de muchos hombres, han solido emplearse otros.

Al árabe pertenece la torre ó giralda, que abarca el

magnífico panorama en que se extiende Sevilla; extenso valle que corta majestuosamente el Guadalquivir, copiando el azul de su espléndido Cielo.

La estatua de la Fé, ó *Giraldilla*, en que la torre remata, es del mismo estilo, así como el patio de los Naranjos, y algunos adornos exteriores, entre los cuales son los más lindos los frescos de Vargas.

La capilla real, unida al cuadrilátero del templo, sin formar parte de él, pertenece al género plateresco, así como la custodia grande y el tenebrario.

La sala capitular con su vestíbulo, patio, medallones de mármol, pinturas y adornos, es del greco-romano restaurado, y de este mismo género, en su decadencia, la capilla del Sagrario, y todo lo concerniente á ella.

La antigua catedral ocupó el mismo sitio que ésta ocupa, y exigiendo grandes gastos por su estado ruinoso, el cabildo decidió construir una *tal y tan buena que no hubiese otra su igual*, según consta en el acuerdo de 4 de Julio de 1401.

El nombre del arquitecto que formó el plano principal de la obra no se conoce, pues Felipe II se llevó á Madrid el diseño de la catedral firmado por el ministro, y la gran piel en que estaba trazado se quemó en el palacio viejo de Madrid en la noche del 24 de Diciembre de 1784.

Hay tan gran confusión acerca de los maestros que dirigieron la obra, que del primero que se habla es de Juan Norman, siendo así que cuando él apareció estaba el templo á la mitad de su altura.

La planta de la iglesia es cuadrilonga; según el diseño que se conserva en su archivo tiene de largo, esto es, de Oriente á Poniente, 398 pies geométricos, y de ancho, de Norte á Sur, 221.

El largo está subdividido en ocho bóvedas que forman las naves laterales cortadas por el crucero en su ancho, y las capillas de San Pedro y San Pablo.

Treinta y seis pilares, formado cada uno por un grupo de ligeras columnas, y otro gran número de medios pilares apoyados en los muros, sostienen las sesenta y ocho bóvedas de piedra que cubren al templo, coronadas por el cimborrio que tiene una altura de 143 y medio pies geométricos. El pavimento es de magníficos mármoles blancos y negros, colocados á fines del pasado siglo por mandato del arzobispo Don Alonso Marcos de Llanes, que con sus rentas y las limosnas de los fieles realizó esta obra, que puede llamarse el complemento del templo. Noventa y tres ventanas dan luz á esta extensa nave; nueve puertas facilitan la entrada; la principal, que es la del centro, en las tres situadas al Poniente, sólo se abre en las grandes ceremonias para dar paso á los reyes ó á los arzobispos.

El adorno de la catedral es, en su género, el más sencillo y el más delicado que se conoce. El alma tiene una percepción exquisita para admirar y comprender lo bello y lo grande, y en este templo el pensamiento se detiene conmovido, el espíritu se eleva por sí mismo ante la idea de una superioridad que le atrae, y el más escéptico siente flotar sobre su alma la visión sagrada de la imagen de Dios.

La piedra tiene hoy esos tonos oscuros que el tiempo reserva en su misteriosa paleta para matizar las obras del hombre, y las vidrieras pintadas de colores con pasajes del Nuevo Testamento, é imágenes de vírgenes y santos, parecen interponer entre la luz y la mirada humana la memoria de nuestra Redención. Se dice generalmente que Murillo ha legado las mejores de sus obras á su patria, y esto es una verdad, si se recuerda que en la catedral de Sevilla se admiran sus más ricas inspiraciones, y como la mejor de las mejores, el San Antonio que pintó para la capilla de este nombre.

Este gran lienzo, tan admirable como admirado, representa un asunto por demás sencillo. San Antonio, medio arrodillado, con una expresión arrobada y aborta, levanta sus brazos para esperar y recibir en ellos al niño Dios que baja en una gloria de ángeles. Los tonos más dulces del arte cristiano se han combinado con la luz del genio para dar vida á estas sublimes figuras.

El semblante del santo refleja el amor más puro, la admiración más santa, amor y admiración que se adivinan por una expresión de inefable ternura y de místico respeto.

La suavidad encantadora de las tintas, la verdad y frescura del colorido, la transparencia, el ambiente del fondo, y la vaguedad indeterminada de los contornos, que tanto se admira en todas las obras del pintor sevillano, han llegado en ésta á una perfección tal, que la vista asombrada no sabe qué admirar más, si el conjunto sencillo de la obra, si la casta y divina belleza del niño, si la naturalidad de la actitud del santo, ó los vigorosos tonos con que se destaca en primer término la mesa en que el santo leía, y en último un efecto de luz, por la perspectiva de un claustro iluminado, que contrasta con la apacible sombra que envuelve las figuras.

El viajero que al visitar la catedral se detiene admirado ante el cuadro de Murillo, oye decir á los sevillanos con el natural gracejo de los hijos de esta tierra, que los ingleses ofrecen al cabildo de la santa iglesia cubrir el cuadro con media vara de oro ó dar tantas libras esterlinas como piedras tiene el templo por adqui-

rirlo; pero que antes no quedaria en Sevilla piedra sobre piedra que saliese San Antonio. Realmente este cuadro no tiene precio en el mundo del arte.

III.

El monumento de Semana Santa, que se arma en la catedral de Sevilla bajo la sétima bóveda, sobre la sepultura de D. Fernando Colon, es suntuoso y bello. Formado de madera y pasta con filetes negros y dorados sobre el fondo blanco y labrado, y bruñido con delicado esmero, ofrece coronado de luz y velado por las nubes de incienso, un aspecto brillante y deslumbrador.

La planta es una cruz griega; consta de cuatro fachadas iguales y cuatro cuerpos bastante elevados.

El primero, que pertenece al orden dórico, tiene diez y seis columnas elevándose sobre el cornisamiento, y en lo interior otro cuerpo más rico y más bello de cuatro columnas menores, en cuyo centro se coloca la célebre custodia de plata de Juan de Arfe, y en ella una preciosa urna de oro conteniendo la Hostia consagrada.

El segundo cuerpo es jónico; ocho columnas rodean la estatua del Salvador que adorna el centro, y otras ocho sobre pedestales sostienen las estatuas de Abraham, Melquisedec, Moisés, Aaron, la Vida eterna, la Naturaleza humana, la Ley antigua y la Ley de gracia.

El tercer cuerpo es corintio, adornado con otras ocho columnas, y las estatuas de San Pedro, llorando; Salomon, la reina Sabá, el Sacerdote del concilio, el Sayon de la bofetada, el Soldado que jugó la túnica del Señor, Abraham con el alfanje, Isaac con la leña del sacrificio, y en el centro Cristo en la columna.

En el cuarto, que corresponde al orden compuesto, en forma de linterna ochavada, están las estatuas de San Pedro y San Pablo á los lados, y en el centro Cristo crucificado entre los ladrones.

El monumento, que llega casi á tocar las naves del templo, aparece envuelto en luz bajo sus bóvedas oscuras, haciendo el mismo efecto que haria en la noche el ver agruparse todos los astros en un pequeño círculo del Cielo.

Ciento veinte lámparas de plata y cuatrocientos cuarenta cirios iluminan con infinitud de velas de todos tamaños, puestas con tal profusión que deslumbran por su admirable efecto, este hermoso monumento al que un pueblo cristiano acude silencioso y conmovido á rendir el homenaje de su fé y de su amor á la memoria excelsa de su redención que tan brillantemente conmemora el pueblo sevillano.

Este trabajo no podía extenderse á describir, ni esas fiestas ni las bellezas del templo; pero quizá nos encarguemos más adelante de ampliar estos ligeros estudios, ya que el arte en sus manifestaciones tiene una gran influencia sobre el pensamiento del hombre, y nunca tanto como ahora ha necesitado España que los suaves reflejos de la luz del sentimiento disipen algún tanto las tristes sombras que oscurecen su cielo.

PATROCINIO DE BIEDMA.

LA LITERATURA Y EL SENTIMIENTO.

Ha mucho tiempo que entre la gente de letras y aun entre la que no lo es, corre la muletilla de que la literatura está pervertida en nuestra época, y en fuerza de repetir la frase los oídos se acostumbran á ella y la admiten como cosa corriente. No es esto lo malo, sino que con tal motivo todos se convierten en críticos, todos son peritos, todos se erigen en autoridad, y emitiendo juicios á diestro y siniestro se dan humos de doctores, señalando con la audaz diestra el camino que en su loca imaginación pretenden hacer seguir á la literatura.

Este mal gravísimo ha tomado tales y tan grandes proporciones que asusta, y con dolor lo decimos, parece irremediable. En literatura como en milicia han procedido siempre los desastres de las clases inferiores; en un ejército que tiene todos sus batallones en correcta línea de ataque, basta que un soldado quebrante el rigorismo de la formación para que, como por encanto, todos los demás echen por tierra tan perfecto orden. Así sucede también en literatura. Noveles soldados del gran ejército intelectual, necesariamente inexpertos, sin hallarse sometidos á severa ordenanza, prescinden casi siempre de la unidad de acción y preocupándose poco del bien común, siembran impunes el desorden más completo en las filas, para consagrarse sin estorbos de ningún género á su engrandecimiento personal.

Los noveles literatos cuidanse poco en general del sentimiento, y esto explica la falta de uniformidad que se advierte en la literatura contemporánea. Aspiran en un principio á prodigar su nombre, trabajan sin descanso, llenan cuartillas con actividad pasmosa, y tan pronto se elevan á las regiones más altas de la filosofía como descienden á los más insignificantes detalles de la vida real. En su fiebre por escribir mucho, saltan sin miedo considerables abismos y ora invaden el campo del arte, ora el de la ciencia. Tan pronto hablan de religión como de mecánica, y es tan extraordinaria su fecundidad que asombra puedan enten-

der de tan diversas cosas. Pero en realidad ni entienden lo que dicen, ni su imaginación es tan fecunda como á primera vista parece, y esto consiste en que no emiten ideas propias; limitanse más bien á dar diferente aspecto á otras concepciones y de aquí resulta que desapareciendo completamente la belleza primitiva, se pervierte el gusto y lo que antes despertaría el interés origina el hastío. Por otra parte, desde el momento en que el literato aspira á conquistarse gloria ó fortuna, desaparece completamente el sentimiento y el escritor entra en una nueva fase que le permite ganarse algunos reales escribiendo novelas á cuarto la entrega, y hasta podrá conseguir, redactando él mismo los prospectos y *bombos* que dan cuenta de sus raras dotes, que su apellido aparezca escrito con letras muy gordas.

El gran Balzac debió creer esto mismo: «El arte —dice el distinguido escritor francés— es la creación idealizada; así los grandes artistas, los poetas completos, no esperan los encargos ni los compradores: crean hoy, mañana, siempre, y de esto resulta esa costumbre del trabajo y ese perpetuo vencimiento de las dificultades que les mantienen en eterno y amoroso lazo con su musa protectora y con sus fuerzas intelectuales. Canova vivía en su taller como Voltaire en su gabinete; Homero y Sidas han debido vivir también así.»

La literatura no ha menester recompensas. Si Cervantes mientras existió hubiera alcanzado algún provecho de sus obras, hubiera perdido su mérito. La literatura que se paga por necesidad ha de ser malísima, y es tan ridículo considerar un literato á sueldo, como escribir en verso un tratado de cálculo infinitesimal.

En nuestro país tenemos afortunadamente algunos escritores de mérito, que no sacan del fondo de su tintero rentas de ninguna clase. Esta consideración que parecerá desconsoladora para los hombres de letras es muy ventajosa para el mayor engrandecimiento de la literatura, porque el escritor se hace independiente, no tiene que someterse al capricho de un editor ó al estrecho criterio de personas incompetentes, y dá vuelo libre á su imaginación, cultiva el sentimiento de lo bello y engrandece sus concepciones. Por el contrario los escritores que tienen obligación de escribir y están sometidos al criterio *comercial* de un librero, producen diariamente el mismo trabajo, y si tienen señalado un sueldo fijo no se les verá ningún día escribir mayor número de cuartillas que el anterior.

El sentimiento de lo bello es el que forma los artistas y los escritores inspirándoles sus mejores obras. Sienten en sí la belleza y la exteriorizan; su pluma ó su pincel trazan con seguridad la imagen que se forma en su imaginación fotografiándola fielmente, así es que tales concepciones van marcadas con el indeleble sello de originalidad que constituye su mayor mérito. Por esta razón el estilo siempre es el mismo y por él puede conocerse al autor sin más que estar habituado á sentir con él, cosa que no sucede con los escritorzuelos (*passez moi le mot*) en los cuales cada una de sus obras presenta distinto estilo, pues tan pronto le ofrecen pomposo y campanudo, como melancólico y jeremiaco; á veces son demasiado duros de frase y otras empalagan de puro tiernos. Si hablan de amor todo en ellos se convierte en suspiros por la ingrata que les desdén, y nos muestran moralmente heridos sus corazones; si el asunto es dramático no tarda mucho en convertirse en trágico y hay suicidios, duelos, asesinatos, adulterios, sangre, exterminio y por doquier venganza. ¿Y esto es sentir? No, esto es delirar. La hermosa y bella literatura pierde muchísimo con estos arranques. El sentimiento jamás puede inspirar semejantes dislates; es dulce como el sueño del niño; suave como la brisa; tierno como el canto del ruiseñor; blanco como el tranquilo y murmurador arroyuelo; apasionado como la tórtola; grande como el espacio y sublime como el Creador.

Fijaos en el infinito espacio en una noche serena y apacible; colocaos á orillas del mar, ó mejor aún, embarcaos en ligera góndola y meceos al suave movimiento de las olas; tendid la vista por el firmamento, y sentireis vuestra alma inundarse de agradable emoción y de puro sentimiento. ¿Os acordáis entonces de la infeliz víctima que cae mortalmente herida á impulsos de un vigoroso y homicida brazo? De ningún modo. Por el contrario, vuestro espíritu goza contemplando la magnificencia y majestad de la naturaleza, os encanta su poesía y cuando más sólo se presenta á vuestra imaginación el enamorado trovador que, pulsando su laúd, espera lleno de amor á que su amada asome la rubia cabeza por entre los duros hierros de su reja.

El verdadero escritor no ha menester torturar su inteligencia para producir sus obras. Hay muchos literatos que al empezar un trabajo no saben como terminará y escriben *ad bullum tuum* y salga lo que saliere. Como se comprenderá esto ni es cultivar la literatura ni siquiera ejercerla. El escritor ha de concebir el plan de su obra antes de escribir una sola línea; debe apreciarla dentro de su fuero interno completamente acabada, y ha de sentir en sí mismo las emociones que trata de transmitir al lector. De otra manera es inútil todo trabajo, porque sin el sentimiento no puede darse un solo paso en literatura.

Hé aquí por qué sólo debieran ser escritores los que sienten decidida afición por escribir y no, como sucede más generalmente, los que ni por pensamiento pudieron imaginarse nunca que habían de manejar una pluma, como un cavador una azada. Hay personas que están siempre escribiendo; su vocación por escribir es decidida y aun cuando enojosas y perentorias ocupaciones se lo impidan, escriben porque en ellos el escribir es un vicio. A esta clase pertenecen los verdaderos literatos. En vano, como el erudito autor de *Las ilusiones del doctor Faustino*, querrán sustraerse á este influjo; lucharán en balde y á la conclusión tienen que abandonarse á su imperio. Adquieren la indispensable experiencia, poseen erudición, saben sentir y reflejan en sus escritos las bellezas que conciben. La literatura se engrandece mediante su vigoroso impulso y llega hasta á modificar las costumbres de los pueblos; por el contrario, cuando no hay sentimiento, cuando se acogen á su sombra entidades vulgares, languidece y espira marcando en los pueblos un estado de decadencia.

SANTIAGO ARAMBILET.

Madrid: 1877.

DRAMAS ÍNTIMOS.

PARTE PRIMERA. (1)

EN EL MAR.

I.

Por la llanura azul del Oceano,
tendida al viento la gallarda vela
y despidiendo el humo á borbotones,
avanzaba un vapor.... La blanca estela
que á su paso dejaba,
flotando en el vaiven del oleaje
en nacaradas orlas se arrollaba
bordando el mar de caprichoso encaje...
Una nube de púrpura en Oriente,
de la neblina entre los blancos tules
ceñida como en velo trasparente,
los abismos azules
del mar y el Cielo con su luz llenaba....
Era el Sol que se alzaba
entre la espuma de las crespas ondas,
y con vivos matices se adornaba
cual se adorna una bella con sus blondas.

II.

A bordo del vapor iba María,
hermosa sevillana,
formada con la sal de Andalucía
y unas gotas de sangre de africana.
Su belleza tenia
esa expresion enérgica y ardiente
que hace que la mujer del Mediodia
lleve una gloria en su morena frente:
su forma escultural era tan pura,
que á no mostrar el cutis trasparente
surcado á trechos por azules venas;
sin el negro cabello
bajando en ondas á besar su cuello,
una estatua creyérase de Atenas,
alta, gentil, graciosa,
con la boca movable
fresca como el capullo de una rosa;
talle suelto y flexible,
con esa ondulacion voluptuosa
que parece verter algo invisible...
la mano fina como el pié pequeño...
la mirada indolente,
y unos ojos que siempre tienen sueño,
según dejan los párpados caidos,
ya para suavizar su luz ardiente
ó ya para fingir que están dormidos.

III.

Bajo el Sol de ese Cielo que engalana
de luz la tierra y de perfume el viento,
nuestra preciosa estatua sevillana
halló un Pigmaleon, y con su aliento
al mundo despertó del sentimiento.
Enamorada y á su amante unida
con el lazo bendito
que dos vidas confunde en una vida
y dos almas disuelve en lo infinito,
ella vió que sus sueños acababan
en una realidad encantadora;
que las sombras pasaban
y que una eterna aurora

en celestes reflejos la envolvía...
Entre su idealidad sintió María
nuevas dichas extrañas,
porque, sobre el altar de sus entrañas,
una vida en la suya se encendía,
y con locos empeños
pugnaba por saber si es más dichosa
la que se mira en realidad esposa,
ó la que madre siéntese entre sueños...
Puro y santo dilema
dó encierra la mujer sus dos amores,
y que es el gran problema
que se resuelve en glorias ó en dolores!...

IV.

Mas... los sueños son sueños... Tiempo hace
lo dijo Calderon!... Luz en la sombra
que al más ligero impulso se deshace,
dejando en torno oscuridad que asombra!
La esperanza es el puente que la nada
une al todo en que empieza lo infinito;
la fe y el sentimiento
cruzan por él seguras
para llegar á Dios; mas si le toca
la realidad, al pretender lo mismo
se hunde bajo su planta
del desengaño en el oscuro abismo....
Esto quiere decir, lector amado,
que la bella María,
que de su amor en el eden sagrado
envuelta en luz en su ilusion dormía,
se despertó al dolor.... porque su Alberto,
su amor, su vida, el alma de su alma,
iba á cruzar el mar, ese desierto
terrible hasta en su calma:
iba cual militar, á la defensa
de nuestra rica perla americana,
que á la corona patria arrancar piensa
de unos traidores la ambicion villana;
iba á Cuba... y María,
que del bravo soldado en los deberes
sólo el de no dejarla comprendía
— pues no entienden de reglas las mujeres,
y no hay una que, amando, no daría
mil patrias por su amor, — en vano quiso
retenerle en su hogar... En vano lleno
su corazon de abnegacion sublime
ofrecióse á seguirle cariñosa...
Alberto comprendió que era preciso
que supiese ser madre ántes que esposa,
y venciendo animoso sus temores,
que era fuerza, la dijo, que esperase
á que en su hogar naciera
aquella dulce flor de sus amores,
y que luego llevársela pudiera...

V.

Figúrate, lector, si olvidaría
esta promesa la gentil María.
Ella, que, como buena sevillana,
concentraba en su amor su vida entera
especie de pagana
que la sangre por su idolo vertiera,
pues, la andaluza, si es de raza pura,
para saber amar es la primera
como lo suele ser en la hermosura!...
Apénas en sus brazos
pudo estrechar el ángel que esperaba,
viviente bendicion de aquellos lazos
en que su fé de esposa descansaba,
quiso llevar á Alberto
de su cariño la anhelada prenda,
y no le temió al mar, ese desierto
que muestra al hombre tan incierta senda...
Pues aunque era sencilla
como quien nunca ha visto otro horizonte
que el espléndido Cielo de Sevilla,
cuando se absorbe el alma
en el noble calor de un sentimiento
nuestro valor no duda;
que si el peligro toca el pensamiento
en la grandeza de su fe se escuda.

VI.

Un camarote del vapor tenia
abierta la ventana
por donde el mar y el Cielo se veía
á la pálida luz de la mañana...
Allí estaba María,
la amante esposa que llevaba ufana
á América la flor de Andalucía.
Mas ¡ay! la ansiada flor de sus amores
con la brisa del mar perdió sus galas,
¡que es tan breve la vida de las flores!

El ángel bello, al ensayar sus alas
en el azul espacio
que alfombraban de perlas las espumas
y adornaban las brumas
cual regias colgaduras del espacio,
debió encontrar tan fácil la subida
hasta la gloria donde á Dios vería,
que sin sentir dolor dejó la vida,
cual la rosa que muere en el día...

VII.

Lector: si tú has tenido la fortuna
de no ver cómo al soplo de la muerte
de un hijo amado la risueña cuna
en helado sepulcro se convierte;
si espectador ante la humana escena,
á comprender no alcanza los dolores
que por tu bien no sientes,
y cual cadenas mágicas de flores
miras pasar sus cuadros disolventes,
es en vano que intente mi palabra,
aún vertiendo esa cruel melancolía
que en un recuerdo de dolor se labra,
expresarte la pena de María...
Y si por tu desgracia la has sentido;
si, como yo, conoces
el despertar horrible de ese sueño
de ternura y amor; si ya en tu alma,
cual ruinas de magníficas creaciones,
para turbar tu calma
se amontonan las muertas ilusiones,
entonces... mas en vano
es quererte expresar una agonía
que sabes, como yo, que no cabría
en el espacio del acento humano!

VIII.

Inmóvil, sin color, sin movimiento,
en la estrecha litera
que se mecía al ondular del viento,
estaba su pequeño cuerpecito,
tan blanco, tan bonito,
como si un ángel fuera
que del mar el arrullo se durmiera...
Una dulce sonrisa
quedó marcada en su pequeña boca;
agitaba la brisa
sus dorados cabellos
hebras de luz entrelazando en ellos;
pues, el primer fulgor del Sol naciente,
cual homenaje al ángel que pasaba,
vino á quebrarse en su serena frente
que una esencia impalpable circundaba.
Su madre, de rodillas,
asida con terror á la litera,
lívidas, más que blancas, las mejillas,
con la mirada inmóvil de una loca,
fija en el niño muerto,
como fantasmas del delirio evoca,
mirar le parecía
surgir allí la imagen de su Alberto,
que contemplando el cuerpecito yerto
cuenta de aquella vida le pedía!

IX.

Las horas sobre el mar fueron pasando.
Alto el Sol, cual corona del espacio,
las olas que iba el viento levantando
esmaltaba con rayos de topacio.
Una malla sutil de hebras de oro,
sus reflejos tendían,
entre la escarcha de la blanca espuma,
y las gotas que al viento se esparcían
brillaban como perlas en la bruma.
A bordo del vapor los pasajeros
en silencio esperaban
de un drama de dolor tu última escena;
que si el ajeno daño
nunca de sombra nuestra mente llena,
es tan helado el soplo de la muerte
que aún resbalando sobre un ser extraño
algo de hielo en nuestras almas vierte.

X.

Apareció María
siguiendo á un marinero que en sus brazos
el pequeño cadáver conducía...
Cual mira una sonámbula miraba...
sus manos retorcia
como el que lucha con esfuerzos vanos
por desechar horribles pesadillas...
siempre pensando que llegaba Alberto,
quedóse de rodillas
extendidas las manos,

(1) Este episodio, publicado ya, se reproduce por complacer á los Sres. Suscritores que así lo desean.

viendo en los fardos envolver al muerto...
Miraba, y no veía;
ciega por el dolor... no se explicaba
cómo es que no llegaba
á América la flor de Andalucía.

XI.

Mas de su despertar llegó el momento.
El débil cuerpo del hermoso niño,
ondulando en el viento,
fué á perderse en las sábanas de armiño
que riza el mar con blando movimiento...
Abriéndose las olas,
el breve y dulce fardo recibieron,
y al cerrarse sobre él, sus aureolas
con fugaces reflejos se encendieron...
Y la madre, lector, lanzando un grito
que al vibrar en su pecho
debió tener un eco en lo infinito,
quedó sobre cubierta.

sin color y sin voz: inanimada,
como una cosa muerta,
á la estrecha litera la llevaron;
y como nadie allí la conocía,
luchando del dolor con la agonía,
sola en el camarote la dejaron.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Madrid: 1876.

(Concluirá.)

LA TÚNICA DE JUDAS.

I.

DURANTE el estío del año 186... pasé una larga temporada en una casa de campo, en la cual disfruté cumplidamente los placeres que ofrece el sencillo género de vida que siempre acepta y saborea con gusto

quien sabe estimar en su alto precio el delicioso bienestar que él proporciona.

Apénas instalado en la casa, que me abría sus puertas para ofrecerme cómoda y generosa hospitalidad, situada en un terreno accidentado y pintoresco, rodeada de árboles y verdura y acompañado en ella de quien vela incesantemente con tierna solicitud por acrecentar mi bien, comencé á recordar con fruición el *Beatus ille qui procul negotiis* con que el inmortal Horacio canta las excelencias de los placeres que yo me disponía á disfrutar, y no echaba tampoco en el olvido los bellísimos versos con que nuestro Fray Luis de Leon supo pintar tales delicias.

Todas las tardes, cuando el Sol bajaba hácia el horizonte, enrojeciendo su disco y tiñendo de grana y oro las nubes que se apiñaban sobre las crestas de las lejanas sierras, salíamos á recorrer las cercanías, donde con frecuencia encontrábamos honrados trabajadores ocupados en sus faenas, que repetidas veces suspendían para instarnos á descansar en sus eras ó en sus chozas. Aceptábamos su franca invitación y al manifestarles nuestro interés por su



Las elecciones en Londres.

prosperidad, respondían con palabras de gratitud á que seguía más tarde la confianza de su estado, de sus temores ó de sus apuros, despertando en nuestro pecho una tierna emoción, que difícilmente podíamos ocultar cuando algún caso contemplamos dolorosos cuadros de pobreza, sobrellevada con cristiana resignación é inquebrantable honradez.

Es lo cierto que nuestro interés y buen deseo lograron como recompensa el afecto de aquellas buenas gentes, y terminado el trabajo del día, muchos de ellos acudían á nuestra casa donde familiarmente conversamos con ellos, teniendo ocasión de apreciar las cualidades que á cada cual distinguían. Los nobles sentimientos, el ingenio, la sencillez, la ignorancia, todo estaba representado en la pequeña sociedad que nos rodeaba, y nuestro goce se hacía inagotable con la observación y el estudio que el trato nos ofrecía.

En esta frecuente comunicación, logramos conocer la gracia y el ingenio que revelaba la aguda palabra de uno de nuestros constantes tertulianos, y avivada nuestra cu-

riosidad por el elogio que de él hacían sus compañeros, como de famoso cuentista, é instado por nuestro deseo, nos entretuvo agradablemente con la siguiente narración que al transcribirla modificaré ligeramente.

II.

Mi padre, que era un pobre y honrado trabajador nacido en el cercano pueblo de los V..., tuvo varios hijos, siendo mi hermana María y yo los menores de la familia. En el transcurso de su vida se había ocupado siempre con honradez y constancia en todas las faenas del campo, y alguna vez la necesidad de buscar trabajo nos llevó á otros pueblos de los que ménos distan del nuestro. Con este motivo mi padre era conocido no sólo por estas cercanías, si no también en términos distantes. Un día en que mi padre se vió obligado á permanecer en casa por una ligera dolencia, se presentó en ella un antiguo amigo suyo, llamado Juan, y ambos conversaron largo rato, siendo yo testigo de sus muestras de afecto y de la enumeración de los recuerdos de su juventud. El forastero, que procedía del pueblecito de G..., situado á una legua

próximamente de estos sitios, venía con objeto de vender una carga de hermosas granadas, y bien fuera por evitarse la molestia de buscar comprador por las casas del pueblo, ó por permanecer más tiempo acompañando á mi padre, es lo cierto que le propuso á éste su compra. La falta de dinero fué causa de que mi padre rechazara la proposición, si bien dejó entrever su deseo de hacer el trato, lo cual entendido por el tío Juan dió por resultado que las granadas se quedaron en mi casa, conviniéndose en que yo sería el encargado de llevar su importe tan luego como mi padre pudiera reunir la cantidad necesaria.

Habían ya transcurrido algunos meses cuando una mañana me entregó mi padre el dinero para el tío Juan, y tomando como provision un pedazo de pan y otro de queso, emprendí mi camino hácia el pueblo de G..., con la agilidad propia de mis quince años, que sería próximamente la edad que por entonces contaba. Cruzando cañadas y trepando cerros seguía yo contento mi marcha, y ya á mitad de mi camino el Cielo comenzó á oscurecerse y la luz del relámpago iluminó el espacio. Buscando donde

guarecerme y conocedor de estos terrenos, tomé el rumbo en busca de una cueva que la naturaleza tiene abierta en la cima de un montecillo y donde los pastores encuentran su refugio. En compañía de tres ó cuatro, cuyos ganados pastaban por aquellas cercanías, pasé casi todo el día viendo con temor é inquietud que el agua caía á torrentes y que lo encapotado del Cielo no daba esperanza alguna de que se despejara el horizonte.

Ya á la caída de la tarde la luz se iba debilitando por momento y los pastores me abandonaron para recoger sus ganados. Yo luchaba entre proseguir mi viaje ó permanecer en aquel sitio, pero la soledad en que me encontraba y la falta absoluta de alimento me impulsaron á continuar mi marcha y la emprendí de nuevo atravesando campo para acortar la distancia. A poco trecho el agua había calado mis ropas y yo seguía con la confianza de que el tío Juan remediaría bien pronto los daños de mi cuerpo. Pero el demonio, que siempre mete la pata, arregló las cosas de otro modo. La oscuridad se hizo completa y en mi afán de abandonar las veredas para llegar más pronto, hube de extraviarme y vagar perdido muy cerca de una hora. Mi espíritu se iba apocando por grados y yo no sé qué hubiera sido de mí en medio de aquellos cam-

pos, si al llegar á un altozano no hubiera percibido á lo lejos un conjunto de luces que desde aquel instante me fué sirviendo de guía en medio de mis tropezones y caídas. Fáltame advertir que la lluvia no cesaba y que yo me encontraba empapado como una sopa.

A medida que me iba acercando, redoblaba mis esfuerzos para abreviar los momentos de mi peregrinación, y por último, pisé, respirando con fuerza, la primera calle del pueblo.

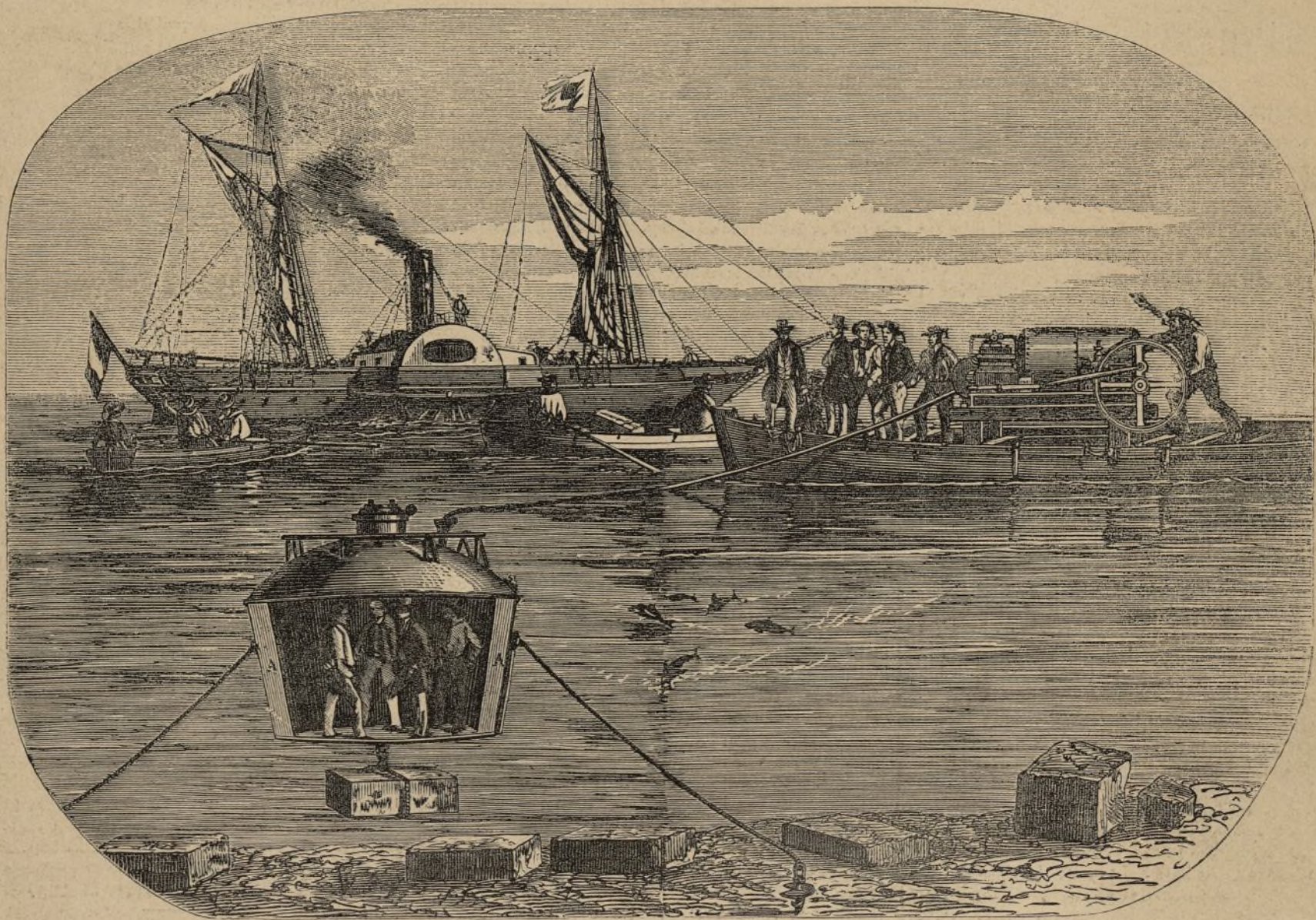
Al llegar aquí se interrumpió el narrador diciendo con maliciosa intención: Vaya, parece que están ustedes cansados y si quieren, mañana continuaré refiriendo mi aventura. Todos nos apresuramos á instarle para que siguiera en el uso de la palabra, y accediendo á nuestro deseo prosiguió de la manera siguiente.

III.

En una de las primeras casas había luz en la planta baja y yo me acerqué empujando la puerta de la calle, que sólo estaba entornada, como es costumbre en estos pueblecillos. No sorprendió mi presencia á una mujer que se ocupaba en planchar, en una buena cocina y muy cerca del fuego, alguna ropa blanca. Tomé de ella informes de há-

cía dónde vivía el tío Juan, y supe con dolor que habitaba en la parte opuesta del pueblo. Pero mi aspecto debía mover á compasión, pues aquella buena mujer enterada de lo que me ocurría, me instó para que me sentara junto al fuego y me ofreció hospitalidad por aquella noche. Dando detalles de mí, hasta allí desgraciada aventura, permanecí algún tiempo, mas la debilidad de mi estómago por una parte y por otra la humedad de mi vestido, arrancaban sendos suspiros de mi corazón, que mi buena patrona supo traducir fielmente. Me trajo un pedazo de pan y otro de queso, que en breves momentos devoré, y concluida mi cena tiritaba como un perro pacho, sin atreverme á pedir nuevos favores á quien tan generoso albergue me prestaba, cuando la caritativa mujer me condujo á un cuarto bajo donde había una hermosa cama y me dijo: No tengo ropa de hombre que ofrecerte, acuéstate que yo volveré por la tuya para enjuagarla al calor de la lumbre y duerme, que mañana será otro día. Yo no sabía cómo agradecer aquel cúmulo de favores. La mujer volvió á sus faenas, yo me acosté en un instante y la ví á poco llevarse todas las piezas de mi vestido dándome las buenas noches.

La luz que á ella servía daba alguna claridad á la habi-



Campana de buzos.

tación en que me encontraba, y á sus escasos reflejos pude distinguir una guitarra colgada no muy lejos de mi cama, algunos cuadros, sillas y un arca que con el lecho ocupado por mí, componían todo el menaje de aquella preciosa habitación. El buen abrigo y la quietud me fueron proporcionando ese rico calor que adormece y estasia, y ya mis párpados se cerraban contra mi voluntad, cuando oí abrir con violencia la puerta de la calle y ví pasar como sombra un hombre envuelto en un ancho capote como los que usamos en este país la gente de campo. Sentí miedo y me dispuse á escuchar cumpliéndose aquel vulgar adagio de que «quien escucha su mal oye.» El desconocido habló desde el principio con tono descompuesto á mi caritativa patrona y ella lo enteró con voz humilde y sumisa de la excelente obra de misericordia que había realizado conmigo. Ignoro quién fuera y la clase de vínculos que le unían con aquella mujer; pero es lo cierto que la increpó de muy mala manera y enseguida se dirigió á mi cuarto. La mujer lo seguía intercediendo por mí, lo cual me hizo sospechar que aquel bárbaro trataba ó era por lo ménos capaz de hacer conmigo alguna heregía. Comencé á temblar como un azogado, y él sin fijar su atención en mí, descolgó la guitarra diciéndome á la vez con tono brusco é imperioso: compañero á bailar.—Pero

hombre, por Dios.... A bailar, á bailar. Al mismo tiempo tomó una vara que había en un rincón, se sentó colocándola á su lado y empezó á templar el instrumento como para no admitir apelación. Un sudor copioso comenzó á inundar todo mi cuerpo; la mujer se salió llorando y aquel terrible salvaje rasgó una malagueña á cuyo compás debía yo echar mis piruetas.

Convencido de la inutilidad de mis ruegos y pidiendo á todos los santos de la corte celestial que me sacaran con bien de tan amargo trance, dando diente con diente y queriendo evitar el castigo que me denunciaba la flexible vara, me fui escurriendo con gran tiento de la cama y al fin me encontré en el suelo, tan desnudo como él, y delante de mi despiadado verdugo.—Vamos, hombre! volvió á decirme, apresurando el compás y dirigiendo una expresiva mirada á la vara que tenía á su lado. Yo empecé á moverme maquinalmente y al fin hube de aplicarme una ligera indicación en la parte posterior, que me hizo poner mayor cuidado en los obligados compases. Valiéndome de las forzadas contorsiones del baile y para alejarme de aquella fiera, que entonaba ó desentonaba coplas que exigían de mí mayor sacrificio en los movimientos de este aire andaluz, me fui acercando hácia la puerta del cuarto y desde ella distinguí la de

la calle, que sólo estaba entornada. Desde aquel momento cruzó por mi mente una idea salvadora. Esforzándome en las piruetas traspasé el umbral de mi cuarto y con la rapidez del rayo me lancé á la calle, corriendo desesperado por ella como alma que lleva el diablo.

Ignoro si mi verdugo trató ó no de perseguirme: yo corría como un gamo y ya en el extremo opuesto distinguí otra luz semejante á la que había puesto en la malhadada casa que acababa de abandonar, y sin parar un punto mi carrera me lancé hácia aquella puerta y ¡zas! la abrí con todo mi cuerpo y me encontré en un portalillo donde velando trabajaba un pobre zapatero.—Jesús, María y José! repetía el infeliz santiguándose apenas me aparecí en traje del Paraíso y de aquella inusitada manera. Tiró su trabajo y haciendo la señal de la cruz se alejaba de mí buscando el opuesto rincón, tartamudeando.... «Si eres alma del otro mundo....» Yo me ocupé lo primero en cerrar la puerta y reforzarla con dos ó tres sillas, y cuando volví quedé pasmado al ver á aquel pobre hombre, pálido como la cera, con el semblante descompuesto y enclavado en el rincón obstinándose en conjurarme, para lo cual crispaba sus manos haciendo con ambas la señal de la cruz. Aunque yo no me sentía tranquilo, no estaba sin embargo tan azorado como él y mis protestas y súplicas logra-

ron al cabo convencerlo de que se las avenía con un semejante sin pacto alguno con los espíritus infernales. Logré al cabo que se fuera acercando á ocupar el puesto que habia abandonado, y no sin gran recelo llegó cerca de mí. Entonces le referí cuanto me habia ocurrido y ya se persuadió de la sinceridad de mi relato y respiró como quien se ve libre de una enojosa pesadilla. Le pedí con humildad que me facilitara algun abrigo, porque sentia un frío terrible á la vez que el calor de la calentura, y aquel desgraciado maestro de obra prima me contestó que absolutamente podia favorecerme en tanta necesidad, pues no poseia más que lo puesto y esto era bien poca cosa: pero de repente se animaron sus pupilas y se dió un golpe en la frente como en señal de peregrino recuerdo, y levantándose lo ví subir por unas estrechas escaleras, quedando yo en la más completa ignorancia de lo que intentaba hacer. A los pocos momentos lo ví bajar trayendo un bulto que producía entre sus brazos un ruido semejante al de un papel fuerte que se estruja entre las manos.

Aquí traigo, me dijo, con aire de satisfaccion...

—Es tarde, señores, y ustedes querrán descansar, mañana....

—Siga, siga la narracion de esa aventura, le interrumpimos todos los oyentes.

Y él, excitando con estas interrupciones nuestra curiosidad, y accediendo á nuestra instancia, prosiguió de la siguiente manera.

IV.

—Aquí traigo la túnica de Judas; es decir, la túnica que á mí me sirve todos los años en los días de Semana Santa, porque has de saber, me dijo, que yo represento en los pasos de las procesiones el papel de Judas. No abrigará mucho por que es de percalina engomada, pero al cabo cubrirá tu desnudez y sobre todo yo no puedo dar otra cosa.

Intenciones me dieron de rehusar la espontánea oferta de mi desdichado patron, pero la necesidad tiene cara de perro y acepté mi nuevo traje, ayudándome él á vestirlo en medio de risas, y del ruido que producía la condenada túnica. Me lié á la cintura la larga cola de aquel extraño traje, y terminada la operacion él continuó su interrumpida obra y yo me senté á su lado con la idea de salir de allí y del pueblo á la madrugada para llegar á mi casa al apuntar el día.

El infeliz maestro siguió trabajando en la compostura de dos pares de zapatos que debía entregar al día siguiente, y cuando calculamos que ya era tiempo de que yo me pusiera en marcha, nos despedimos cordialmente ofreciéndole por mi parte devolverle el traje que me llevaba.

Salí del pueblo en medio del silencio de la noche y de una densa oscuridad. Una vez en el campo empecé á repasar en mi mente todos los detalles de mi extraordinaria aventura, que debía tocar á su fin tan luégo como me encontrara en mi pueblo y en mi casa. La inquietud y el temor no me abandonaban sin embargo, y ellos me indujeron á separarme un poco del rumbo que debía seguir para llegar á un cortijo habitado por un antiguo amigo de mi padre y pedirle un traje más conveniente para mi abrigo y presentacion en cualquier parte. Así que me sintieron los perros que vagaban por los alrededores de la casa, corrieron hácia mí ladrando desesperadamente; pero sin duda por lo extraño de mi traje, salieron en precipitada fuga y no se detuvieron hasta llegar á la puerta de la casa donde siguieron ladrando con mayor fuerza. Algunos mozos del cortijo que dormían en los poyos de la cocina se levantaron con precipitacion y yo nombraba en voz alta y compungida al dueño de la casa, mientras que los perros empujaban la puerta sin dejar un solo instante de ladrar. Por último abrieron la entrada; los animales penetraron con el pelo erizado por el miedo, y cuando salieron dos hombres á investigar la razon de tan extraño caso, yo me acerqué lo bastante para que pudieran distinguir mi estrafalario conjunto, ambos se santiguaron y siguieron á los perros, cerrando la puerta á las voces de «el demonio» «el demonio».

Yo comprendí entonces que habia perdido en vano un tiempo precioso y me separé de aquel sitio maldiciendo mi fortuna que tan cruelmente me trataba. Volví á buscar mi abandonado camino y cuando entré en él, noté con disgusto que el horizonte presentaba un pálido reflejo precursor de la alborada. Aceleré mi paso y por fin me encontré cerca de una pequeña altura desde la cual no sólo veria mi pueblo sino tambien un lavadero á la orilla del rio y no distante de las casas, en el cual esperaba encontrar á mi hermana María, que se ocupaba casi de diario en esa clase de faena. A todo esto la luz del alba hacia bien distintos los objetos y yo fui trepando con precaucion por la colina para no asomarme de repente. Casi agazapado llegué á la cima y ¡oh contento! mi buena hermana venia por la margen del rio con su canasta apoyada en la cadera y ya saludaba de lejos á dos ó tres lavanderas que habian

madrugado más, cuando yo me dejé llevar de un natural impulso, y poniéndome de piés, corrí hacia ella gritando con toda la fuerza de mis pulmones. María! María!

La caída de un rayo no hubiera de seguro producido mayor susto, angustia y confusion que mi presencia ante aquellas infelices mujeres. Despavoridas comenzaron á correr y mi hermana no fué la que más tardó en tirar la canasta y huir como las otras con direccion al pueblo. Yo maquinalmente corría tras ellas sin cesar de nombrar á mi infeliz hermana, y maldiciendo en mi interior la miserable túnica que en tal conflicto me ponía. Me detuve al cabo, reflexioné un momento, y una idea peregrina me animó en aquel instante supremo. Recordé que las tapias del corral de mi casa daban al campo y que no tenían gran altura. Animado con el pensamiento de escalarlas, fui rodeando al pueblo y llegué á ellas. Haciendo estaba los últimos esfuerzos para descolgarme, cuando uno de mis hermanos entró casualmente al corral, y tan luégo como me vió se vuelve á la casa y llamando en su auxilio á otro, salen armados de sendos garrotes, en el momento en que yo acababa de poner mis piés en la propiedad paternal. Antes de que pudieran reconocermé ya me habian propinado media docena de indicaciones, que repartidas por todo mi cuerpo arrancaban de mi pecho ineficaces exclamaciones. Creció la confusion con la llegada de mi hermana y yo hubiera sucumbido á manos de todos, sinó hubiera caído por el suelo la túnica que me envolvía.

Escena bien diferente tuvo lugar, así que me reconocieron mis hermanos. Ellos y mis padres lloraban á la par mia tanta desgracia, y hubo necesidad de que guardara cama algun tiempo sometiéndome á un plan facultativo. Solo me resta añadir para llegar al término de mi narracion que mi padre y dos de mis hermanos marcharon tan pronto como fué posible á recobrar mis vestidos y el importe de las granadas, devolviendo á instancias mías la túnica famosa. El caribe que me hizo bailar era un desertor de presidio á quien la justicia recobró el día antes de la llegada de mi familia. El zapatero recibió con placer su traje y el tío Juan supo tambien la historia de mi desgracia, viniendo á visitarme como lo hizo una buena parte del pueblo.

Así acabó esta historia nuestro amigo, sosteniendo su dudosa veracidad con la cita de un buen número de testigos. Nosotros pasamos agradablemente la noche y nuestros tertulianos se despidieron hasta el día siguiente, no sin la promesa por parte del narrador de referirnos alguna otra de sus extraordinarias aventuras.

José MORENO CASTELLÓ.

Jaen: Setiembre 1877.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

LAS ELECCIONES EN INGLATERRA.

El grabado que publicamos en este número representa el acto más original y grotesco que entre el juego del organismo político puede encontrarse en nacion alguna de la Europa civilizada. Si no fuera Leon el pintor, esto es, si el retrato no estuviese hecho por los ingleses mismos, se creería al ver esa escena que se trataba de alguna feria, martillo ó templete de algun charlatan ó traga-dagas, ó uno de esos teatrillos de mala muerte que levantan los cómicos de la legua en las funciones populares al aire libre. Nada ménos que eso: se trata de elegir los padres de la patria, que una vez apedreados, silbados y escarnecidos en el pílory sentados ya en los escaños del Congreso toman la revancha llamándose «Asamblea de Caballeros» y no dejándose ver de los electores sino en andas y cuando repican gordo.

Como todo lo referente á la mecánica política es original en Inglaterra, las elecciones que son una de las principales piezas de la maquinaria representativa, tenían que superar en rarezas y excentricidades á todos los demás actos. Así es la verdad. Casi nos atrevemos á decir, que si un español no pudiese sentarse en el templo de las leyes, sino despues de haber servido de polichinela en un fementido retablo en la plaza pública y hecho blanco de las patatas, huevos y peladillas arrojadas por los brazos gigantes de una plebe ébria y tumultuosa, la dignidad española se miraría dos veces ántes de decidirse á pasar por tales horcas caudinas. Pero es costumbre casi inmemorial, y un cardenal más ó ménos honra cuando viene de su alta majestad, el pueblo, á quien los ingleses saben manejar á maravilla, como el antiguo griego Alcibiades.

Por espacio de muchos años se dijo la aristocracia del dinero: «Hagamos nuestro negocio, compremos nuestro asiento en la cámara, legislemos como convenga á nuestros intereses, y si alguien chista, responderemos que el juego no puede ser más igual y que el palo de triunfos está siempre en manos del pueblo. A la plaza vamos: allí nos escupe y nos apedrea, nos insulta y escarnece: ¿quiere más libertad ni derechos todavía? Siempre la cola del

perro de Alcibiades ó un hueso para que se entretenga.»

Toda esa escena pública, lector, es puro teatro; ficcion y fantasmagoría. El ciudadano inglés que quiere ser padre de la patria, apresta unos cuantos miles de duros, promete á fabricantes é industriales la consecucion de algun privilegio ó monopolio; busca sus corredores ó agentes de votos y se echa á dormir en las pajas. Este ejército de empleados *ad hoc* preparan el terreno y catequizan el distrito. Se imprimen grandes carteles con el nombre del candidato para plantarlos en tabernas, fondas, esquinas y carruajes públicos: se dan banquetes para brindar por el de sobremesa: se apuntan nombres, se alquilan carruajes para conducir gratis á los electores el día designado, y llega la esplendidez de algunos hasta pagar la cuenta de todo cuanto se beba y se coma aquel día en tal ó cual establecimiento. ¿Quién resiste á tantos halagos? Verdad es que está prohibido sobornar con dinero, pero oro es lo que oro vale.

Como el pueblo sabe lo que pasa entre bastidores, natural es que los partidarios de el pretendiente tengan poco respeto al pretendiente opuesto, y como la eleccion se hace á fuerza de puños, el pueblo baila al son que le tocan, y cuatro pedradas más ó ménos bien valen la pena de calzarse el título de legislador.

Debemos advertir, sin embargo, que estas farsas van cada día desapareciendo. Stuard Mill fué elegido hace pocos años, aunque declaró que no pagaría ni áun las tablas del *husting* ó tenducho que les sirve de tribuna: y la introduccion del sistema de votar por papeletas, recientemente adoptado, vá acabando con esos restos ridículos de antiguas prácticas constitucionales. Este es el motivo de que los dibujantes tengan que acudir para representarlas, á los tiempos de agitacion durante el Gobierno de Lord Palmerston, en que ardía la capital de Lóndres en rivalidad de los dos bandos, liberal y conservador, ó sea de los *Whigs* y los *Tories*.

CAMPANA DE BUZOS.

Tal es el título que ha dado Hallet, presidente de una sociedad americana, á la curiosa y útil invencion que representa nuestro grabado. Este aparato, de una capacidad suficiente para contener ocho ó diez trabajadores, se compone de una linterna ancha y alta, perfectamente cerrada, y coronada por un casquete esférico de cristal muy gordo, que deja, sin embargo, pasar la luz hasta su interior.

Dos cavidades paralelas á la destinada á los trabajadores y que sirven de depósitos de agua ó de aire, segun la necesidad, completan el aparato, que es de hierro batido.

Para sumergirlo se deja penetrar el agua en los dos receptáculos laterales, y el peso entonces lo lleva á fondo. Por una disposicion particular, el agua que ha invadido los receptáculos, puede ser expelida total ó parcialmente por la presion atmosférica, que ejerce á voluntad el encargado de dirigirla, por medio de una simple espita. El director puede estar entre los trabajadores.

La libertad de sus movimientos iguala á la precision de mecanismo.

LITERATURA EXTRANJERA.

LA LÉGENDE DE ROCCASPARVIERA.

Au fond d'une vallée sauvage et sur une roche taillée à pic, on voit les restes d'un vieux château et les ruines d'un petit village groupé autrefois autour du manoir féodal.

C'était le château de Roccasparviera, ainsi nommé parce que le rocher sur lequel il était bâti servait de retraite aux éperriers et autres oiseaux de proie.

Vers 950, un baron de Roccasparviera mourut, laissant deux fils. Tous deux étaient amoureux de la même demoiselle, fille d'un seigneur voisin. Mais à la mort de leur père, l'aîné, Antonio, ayant hérité du fief, fut naturellement préféré à Paolo, le cadet, par les parents de la jeune fille. D'ailleurs, le cœur de celle-ci penchait pour Antonio; le mariage fut donc conclu sans difficulté, et l'heureux Antonio alla quérir sa fiancée, tandis que Paolo dévorait sa rage et sa jalousie en silence.

La noce fut célébrée avec toute la pompe de ce temps-là, c'est-à-dire qu'on prépara un dîner copieux où furent invités tous les châtelains d'alentour. On égorgea force moutons, on tua tout le gibier qu'on put trouver dans les forêts voisines, et on défonça tous les tonneaux que renfermaient les caves de Roccasparviera.

Cependant Antonio était bon homme; il eut pitié du chagrin de son frère, et alla vers lui pour l'inviter au repas de noce. — «Frère, lui dit-il, donne-moi ta main, et soyons amis comme auparavant; tu te marieras à une autre fille du voisinage, — il n'en manque pas; — et tu m'inviteras, à ton tour, au repas des fiançailles.»

Paolo ne répondit rien, et se contenta d'accepter par un signe de tête.

A ce moment le majordome entra: «Monseigneur, dit-il à Antonio, le dîner est prêt.»

Je ne dirai rien du dîner: on mangea comme au vieux temps, c'est-à-dire énormément, en arrosant chaque tranche de venaison d'une ample coupe de vin. Il est bon de savoir toutefois, que le plat du milieu était composé d'un sanglier flanqué de deux marcassins, tués de la main d'Antonio, ce qui lui valut les compliments de tous les convives.

Quand on vint à porter la santé de la mariée, Paolo remplit son verre comme les autres, et, avant de le vider: «Belle-sœur, dit-il, je compte vous rendre, un jour, ce dîner de noces.»

Puis il quitta la table et sortit du château. On ne sut ce qu'il était devenu, et douze ans s'écoulèrent sans qu'on en entendît parler.

Antonio vécut très-heureux avec sa nouvelle épouse, qui lui donna trois beaux garçons; quand il n'était pas à la chasse, il passait son temps à faire danser ses enfants sur ses genoux; il était aimé de ses vassaux; bref, pendant plusieurs années, rien ne troubla la paix du château de Roccasparviera.

A cette époque, les pirates sarrasins, établis à Saint-Hospice, infestaient la campagne de Nice, pillant et brûlant tous les hameaux des environs.

A la tête d'une de leurs bandes on remarquait, depuis quelque temps, un homme de haute taille, armé et cuirassé à la manière des barons chrétiens, ce qui faisait supposer que c'était un renégat. Il se distinguait, en outre, des Sarrasins par plus de férocité et plus d'acharnement contre les malheureux habitants des villages.

Douze ans après le commencement de notre histoire, au milieu d'une nuit sombre et orageuse, le château de Roccasparviera fut surpris par les Sarrasins, pendant que le baron et ses hommes d'armes dormaient. Il fallait que le guide des assaillants fût un homme du pays, car, au lieu d'escalader le rocher, il l'avait contourné, puis était arrivé jusqu'au château par un secret passage, connu seulement des maîtres de Roccasparviera et de leurs plus intimes serviteurs.

Le baron et ses compagnons, réveillés en sursaut, par le bruit des armes et les cris des victimes, essayèrent une vaine résistance; ils furent tous égorgés.

Quant au baron, ce fut le chef lui-même des Sarrasins, l'homme à haute taille dont nous avons parlé, qui lui porta le coup mortel; puis il se pencha vers le malheureux châtelain et murmura quelques paroles à l'oreille du mourant, qui tressaillit, et, l'ayant regardé d'un œil hagard, expira.

Cela fait, le chef des Sarrasins se présenta chez la châtelaine évanouie au milieu de ses femmes éplorées.

«Madame, dit-il en lui secouant rudement le bras jusqu'à ce qu'elle eût repris connaissance, madame, je suis Paolo, votre beau-frère, et je viens vous rendre votre repas de fiançailles, suivant ma promesse.»

Alors un homme entra dans l'appartement. «Monseigneur, dit cet homme à Paolo, le dîner est prêt.»

Paolo offrit le bras à la châtelaine, qui, demi-morte, mais n'osant résister, de peur d'irriter davantage le bandit et d'attirer sa colère sur ses enfants, le suivit, ou plutôt se laissa traîner jusqu'à la salle du festin.

On s'assit autour de la table, chargée des provisions du château. Les Sarrasins riaient et buvaient à grand bruit. La châtelaine tâchait d'étouffer ses sanglots et frémissait de tous ses membres.

Au milieu de la table était un immense plat, couvert d'un voile. Vers le milieu du repas, Paolo fit enlever le voile, et un affreux spectacle apparut à la châtelaine. C'était le cadavre de son mari, entouré de deux de ses fils immolés!

«Madame, dit Paolo, plat pour plat. Voilà le sanglier et les deux marcassins. N'ai-je pas bien tenu ma parole?»

La dame de Roccasparviera resta un instant pâle et muette d'horreur; puis elle chancela et tomba sans sentiment sur le pavé.

Quand on la releva, elle était folle. Elle mourut peu de jours après, murmurant sans cesse une vieille chanson du pays, qui contenait une prédiction contre le château:

Vai, ô roca, roquina,
Un altra temp sara
Que sobre tu roina
Plu non li cantera
Lo gal ni la gallina,
Ma los cròs, los sparviers
Et d'aosels salvagiers!!!

Va, roche, rochette,
Un jour viendra
Où sur tes ruines
Ne chantera plus
Le coq ni la poule,
Mais les corbeaux, les éperviers
Et les oiseaux de proie!!!

Cependant Paolo n'avait tué que deux de ses neveux; il en restait un troisième.

Au moment du sac du château, ce troisième fils de la

châtelaine était chez un paysan des environs, rude braconnier, qui lui donnait les premières leçons de la chasse dans les montagnes. L'enfant aimait beaucoup le braconnier; souvent il passait deux jours de suite avec son compagnon, le suivant dans ses chasses et dormant dans sa chaumière. C'est ainsi qu'il échappa au massacre de sa famille.

Quelques années après ce drame, Paolo, maître du château, qu'il remplissait du bruit de ses orgies, était allé à la poursuite d'un troupeau de chamois signalé sur les hauteurs. Emporté par l'ardeur de la chasse, il s'égara, et la nuit le surprit dans des régions inconnues.

Comme il cherchait à retrouver son chemin, il rencontra un jeune chasseur, dont le costume tenait le milieu entre l'habit des paysans et celui des seigneurs féodaux.

«Vassal, dit le baron, ramène-moi à Roccasparviera, et tu auras bonne récompense.»

«—Sire, répondit le jeune homme, nous en sommes à plus de huit heures; nous marcherions toute la nuit sans y arriver. Mais, venez dans ma maison, qui est à quelques pas, je vous y recevrai de mon mieux.»

Paolo accepta, et ils furent bientôt chez le jeune chasseur. C'était une chaumière assez spacieuse, et mieux tenue que les cabanes ordinaires de villageois.

Le jeune homme laissa son hôte seul un moment; puis il revint en lui disant: «Monseigneur, le dîner est prêt.»

Ces mots, quoique fort naturels en cette circonstance et dits du ton le plus simple, produisirent un terrible effet sur le baron; il frissonna, changea de couleur, et fixa un regard troublé sur le jeune homme, comme s'il voyait en lui un vengeur lui renvoyant l'écho de sinistres paroles.

Enfin il surmonta cette impression, et passa avec son hôte dans la salle à manger. Là, ils s'assirent en face l'un de l'autre.

Au milieu de la table était un grand vaisseau en bois, ayant la forme d'un cercueil, et recouvert d'un voile noir.

Le baron tressaillit, épouvanté.

«Sire, dit le chasseur, je ne puis vous servir des sangliers et des marcassins, comme les riches barons; mais chacun fait selon son pouvoir.»

Alors il leva le voile, et on vit un cercueil vide. Puis il frappa dans ses mains, et des hommes armés entrèrent et se saisirent de Paolo, qui sentait ses cheveux se dresser sur sa tête.

«Baron Paolo, s'écria le jeune homme d'une voix foudroyante, renégat maudit, voleur, assassin, fraticide, meurtrier de mon père Antonio, meurtrier de ma mère, meurtrier de mes deux frères, tu vas recevoir le châtimement de tes forfaits. Tu es condamné à mourir de faim dans ce cercueil; il te rappellera l'exécrable festin que tu as préparé à ma mère. Ronge ta chair, bourreau, jusqu'à ce que ton âme damnée s'en aille dans les enfers.»

Aussitôt il fit un signe aux hommes armés qui couchèrent Paolo dans le cercueil, l'y garrotèrent et le descendirent dans un caveau.

Tous les jours, pendant dix jours, à l'heure même où s'était accompli le drame de Roccasparviera, la trappe du caveau s'ouvrait, et le neveu de Paolo montrant au misérable affamé des quartiers de sanglier qu'il retirait aussitôt, lui criait: «Monseigneur, le dîner est prêt.»

Le onzième jour, Paolo mourut.

Alors le jeune baron rassembla ses amis et ses vassaux, et marcha à leur tête contre les Sarrasins qu'il extermina.

Comme il avait fait vœu de raser le château, théâtre de ces atrocités, il tint son serment. Le château et le village furent livrés aux flammes, et démolis de fond en comble. Ainsi furent réalisées les paroles prophétiques de la chanson.

Les habitants se répandirent dans le voisinage, où ils fondèrent de petits hameaux, parmi lesquels Langalion, la Pala et Duranus.

Quant à l'héritier de Roccasparviera, ayant ainsi vengé sa famille, il s'en alla en pèlerinage à Jérusalem, où il mourut.

Dieu veuille avoir son âme!

MARIE LETIZIA RATTAZZI.

Correspondencia del CÁDIZ.

D. J. Jovellar.—Capitan general de la isla de Cuba.

—He agradecido infinito su cariñoso recuerdo, y deseo á mi vez tener pronto el gusto de estrechar su mano. Reciba Vd., como su dignísimo compañero el General Martinez Campo, mi más entusiasta felicitacion, y el entusiasmo que, como á toda España, me inspiran sus admirables hechos.

Sra. Duquesa de Santoña.—Madrid.

—Queda Vd. suscrita al CÁDIZ, y agradezco profundamente su amabilidad y ofrecimientos, que no me extrañan por que sé que es Vd. la noble protectora de toda idea grande.

D. M. C. Gimeno.—Madrid.

—Queda anotada la suscripcion que me avisas y te

agradezco mucho tu interés por todo lo mio. Publiqué con gran placer tu artículo, y deseo sigas ocupándote del CÁDIZ.

D. J. J. Jaumeandreu.—Barcelona.

—Gracias por la poesia. Puede enviar cuanto guste, yo recibo siempre contenta los originales con que se me honra, y si la aglomeracion de ellos hace que se retrase á veces la publicacion de alguno, no deben dudar sus autores de que los daré á luz en su dia, siempre con gratitud y complaciéndome en ello.

Agradezco mucho las frases que me dedica y ofrecimientos que me hace.

D. E. L. de Villanova.—Valencia.

—Aprecio y agradezco el deseo de los redactores de la *Crónica literaria*, y desde luego quedan autorizados para poner mi nombre entre ellos.

No yapor que con este hecho deje de ser humilde el periódico, como tiene la bondad de afirmar, sino como prueba de mi cariño á Valencia, les enviaré algunos de mis trabajos, apenas reciba la publicacion.

D. A. Castillo de Gonzalez.—Almeria.

—Dispense los extravíos de correos que esta administracion no puede evitar, y reclamen sin cuidado los números que les faltan. Le escribiré pronto.

NOTICIAS.

Algunos periódicos han publicado una poesia dirigida por el eminente crítico español D. Juan Martinez Villergas á varios de sus amigos, que le pedian su colaboracion para el periódico *La Broma*, como prueba evidente de no estar alteradas las facultades intelectuales del desgraciado escritor que, sólo y pobre, vive lejos de su patria.

Creemos que agradará á nuestros lectores conocer la composicion dirigida por los periodistas peruanos al poeta español, y la publicamos á continuacion:

AL EMINENTE CRÍTICO ESPAÑOL

D. Juan Martinez Villergas.

«Don Juan, don Juan, yo lo imploro
«De tu hidalga compasion...»
Los dos versos que aquí faltan
no tienen aplicacion.

Señor, los que suscribimos,
Fundadores de *La Broma*,
Siete personas distintas
Que hacen una chungu sola,
Hijos de siete papás
Y de otras tantas señoras;
Cinco oriundos del Rimac
Aunque no vagres ni bogas,
Un nieto de San Martin
Y un descendiente de Goya;
Todos flacos, todos feos,
Autores de varias obras,
Y tambien de varios chicos
Que su alto poder abonan;
Dirigimos hoy á usted,
En esta requisitoria,
Un mandato judicial
Que nos prometemos que oiga;
Porque no podrá negar
Al Perú galas y honra,
Quien ha dado tanto brillo
A las Letras Españolas;
Quien ha llenado dos mundos
Con su nombre y con su gloria.
Si la vida en el chaleco
Tienen hoy, los que blasonan
De escépticos para el arte,
Fanáticos por la prosa;
Los que del arte vivimos,
En la refulgente zona,
Cumplimos la obligacion
Más dulce y satisfactoria,
Al rendir este homenaje
—Aunque en incorrecta forma,—
Al que marcha del gran Figaro
Sobre las huellas gloriosas.
Al fundar este periódico,—
—Que no será un *Tío Camorra*,
Pues no son *Espadachines*,
Los siete que lo elaboran,—
Nos proponemos, don Juan,
Hacer que pasen las horas
De buen humor, los que lean;
Y rabiando muchos que oigan
Que su presunta grandeza,
Ha de ser blanco de mofa,
Políticos en camisa
No exhibiremos, ni en broma,

Pues siempre la ropa sucia
En la casa se jabona.
Llorando cual *Jeremías*
Unas veces; riendo otras,
Como en *Baile de Piñata*
Las parejas bulliciosas,
Aún al mismo *Moro Musa*
Hemos de hacer mala sombra,
Si en alas de vanidades,
Atrevido se remonta.
La Crítica y la Benzina
Son, D. Juan, de índole propia.
—Segun decía un droguero
De la calle de la Coca,
A un escritor..... nominal,
Que más que escribe, emborriona.
En proporcion razonada,
Limpian el Arte y la ropa,
Y abrazan Justicia y tela
Si en la razon no se apoyan.
¿Cómo hacer esta labor,
Tan difícil y espinosa,
Sin pedir su contingente
A aquel cuyo genio asombra;
Al consumado maestro
Que ha legado tantas joyas
Al Parnaso de Cervantes,
De Quevedo y Argensola?
Dirija usted esta lancha
Que en mar de borrascas boga,
Y que sin hábil piloto,
Es seguro que zozobra;
¡Véngase á bordo, don Juan!
Y así, la nave orgullosa
A los sabios de oropel
Pondrá derecha la proa,
Remolcando á mil *bromistas*
Que hemos de amarrar á popa.
¿Está á bordo el capitán?
Muchachos..... ¡já la maniobra!
¡Larguen velas, leven anclas,
Tengamos las redes prontas,
Y en marcha, á pesca de *atunes*,
Que abundan mas que las moscas!

Nos falta, don Juan, su voto,
Que aguardamos con afán,
Conque dignese, don Juan,
No echar esto en saco roto.
La barca llama al piloto;
Toda su tripulación,
En cuanto llegue el patron,
Tendrá el problema resuelto:
Mas claro.... ¡á correo vuelto,
Se espera contestación!

Lima, Octubre 15 de 1877.

Manuel A. Fuentes.—Julio Jaimes.—Eloy P. Buxó—
Ricardo Palma.—Benito Neto.—Miguel A. de Lama.—
Acisclo Villarán.

El Excmo Sr. D. Adolfo de Castro ha tenido la desgracia de perder á su señora madre. Enviamos á nuestro distinguido amigo nuestro más sentido pésame.

Hemos recibido los dos primeros números de *El Boletín Gaditano*, órgano de la Academia de Ciencias y Letras, que cuenta entre sus colaboradores á nuestra Directora.

Le saludamos afectuosamente y le deseamos prosperidades.

La novedad teatral ensayada por el Circo-Romea, de dar funciones por horas ha logrado agradar al público y atraer una regular concurrencia.

Agradecemos infinito al *Conservador* de Córdoba, que dirige el Sr. Barón de la Fuente del Quinto, las afectuosas frases que dedica á nuestra Directora, y la aprobación que ofrece á sus proyectos literarios. Los escritores Cordobeses saben que tienen el CÁDIZ á sus órdenes, y que cuenta con las simpatías y afecto de su Redacción.

La asociación de los Cervantistas celebrará una solemne sesión literaria en la noche del 23 de Abril

Dice un periódico de Madrid:

«La señora duquesa de Medinaceli, iniciadora del pensamiento de crear una asociación para el desarrollo de la industria agrícola, ha invitado á diversas personas, representantes de la propiedad, del comercio, de la industria y de las letras, á un almuerzo en su palacio que tendrá lugar mañana domingo, con el fin de exponer su proyecto, y ver la mejor manera de llevarle á cabo.

Es tan agradable ver á una hermosa é ilustre dama, alentando con su inteligente iniciativa el planteamiento de tan importantes y vitales cuestiones, que procuraremos dar detalles á nuestros lectores, del plan de la señora Duquesa y de sus resultados.

El Miércoles 27 tuvo lugar en el *Círculo mercantil* un notable concierto con el cual éste distinguido centro obsequiaba á la sociedad gaditana. Los profesores eran los mismos que ya se habían hecho admirar en el *Gran Teatro* por la maestría, el gusto y delicadeza de ejecución con que interpretan los más escogidos trozos de música de los grandes maestros clásicos.

A las nueve de la noche una escogida y numerosísima concurrencia llenaba el patio del elegante edificio, estando en una gran mayoría las damas, lo cual prueba la amabilidad y galantería de los Sres. Socios. En el primer descanso de la orquesta las señoras fueron conducidas al piso principal, donde se hallaba servida una mesa con refrescos ponches, pastas, frutas, dulces, y variedad de vinos, tan espléndida como oportunamente servida.

A pesar de tener esta agradable fiesta carácter de confianza, las bellas gaditanas lucían elegantes trajes, notándose gran variedad en la elección de ellos.

Sentimos que la fecha en que esta fiesta ha tenido lugar no nos haya permitido escribir una revista, pues estando ya confeccionándose este número no tenemos otro espacio de que disponer.

No terminaremos, sin embargo, sin dar las gracias á la dignísima comisión por su amabilidad para con nuestra Directora, y felicitarla por el buen gusto con que habían adornado el precioso local que el *Círculo* ocupa, en el cual las flores y las luces convertían el elegante patio, decorado ya con esmero, en un pequeño eden.

Hemos recibido la importante obra que con el título *Abanderamiento de las embarcaciones extranjeras*, ha publicado el distinguido ingeniero de la casa de los Sres. A. Lopez y Comp.^a D. E. Pelayo, el cual se ocupa de las importantísimas materias de hacienda, arcos de la marina, aforos de la Aduana, decretos del Gobierno, etc. etc. Agradecemos infinito el envío.

Hemos recibido el *Boletín de Medicina Naval* que ha empezado á ver la luz en San Fernando. Le deseamos prosperidades y aceptamos el cambio.

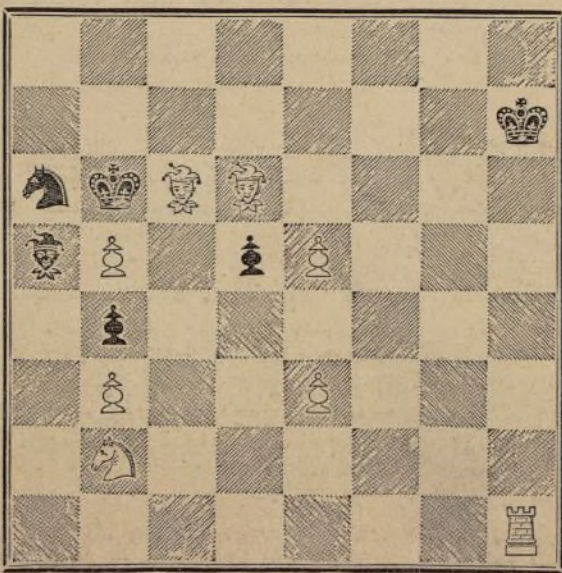
También nos ha visitado la *Gazeta de Coimbra*, á la cual devolvemos gustosos la visita

El Diario de Cádiz del 24 dedica su artículo de fondo á la propaganda de la idea que hemos despertado en la serie de artículos *Navegación*, de recurrir al cabotaje entre todos los puertos españoles, como medio único que nos queda de volver á la vida nuestra navegación de altura, agobiada por tantas gabelas y herida de muerte al fin por la supresión del derecho diferencial de bandera.

PROBLEMA DE AJEDREZ.

NÚMERO 11.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en tres jugadas.

Solucion al problema de ajedrez núm. 10.

BLANCAS.

NEGRAS.

- | | |
|---|--|
| 1. ^a A 5. ^a T. R. | 1. ^a Pn. 7. ^a A. |
| 2. ^a A 8. ^a R. | 2. ^a R. casilla D. |
| 3. ^a A toma Pn. | 3. ^a R. casilla A. |
| 4. ^a T toma Pn. | 4. ^a R casilla D. |
| 5. ^a T casilla C. D. jaque | 5. ^a Mate |

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodio en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazón.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¡Dos minutos!

Desde Cádiz á la Habana.

Una historia en el mar.

Fragments de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores [muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

OBRAS NUEVAS,

Pío IX y su sucesor, por Bonghi.

Es la obra moderna más importante sobre este asunto, que está llamando la atención en Europa.

La Nueva discordia entre Italia y la Iglesia, por el P. Curci, ambas obras, traducidas del italiano por Don Hermenegildo Giner, se hallan de venta en las principales librerías de España: á 8 reales en Madrid y 10 en provincias.

Los pedidos, á D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5; en Madrid en las principales librerías.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

LOS DOCE ALFONSOS.

Romancero nacional

POR

D. Ramon Garcia Sanchez.

En prensa ya esta obra y no habiendo de tirar más que el número justo de ejemplares, las personas que quieran recibirla y figurar en la lista de suscritores que encabezan los nombres de SS. MM. pueden dirigirse á la administración, Lobo, 12, pral. derecha.

La obra, elegantemente impresa, se publicará por cuadernos de 32 páginas y cada uno costará 2 rs. en toda España, no excediendo de 16 el número total de ellos.

CÁDIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor,
Sacramento 39 y Balsa 8.